

Oración del estudiante:

Señor,

Hoy vengo ante Ti como desde niña nos enseñaron mis padres a mis hermanos y a mí a rezar, transmitiéndonos que hablar contigo es siempre mucho más que palabras. Me enseñaron que rezar es abrir el corazón, entregarte todo lo que somos y confiar plenamente en Ti.

Así aprendí a orar, Señor: pidiéndote perdón, pues la oración es, ante todo, un acto de reconciliación con uno mismo, con los demás y contigo. Porque solo quien sabe reconocer sus errores y pedir perdón con humildad puede abrir de verdad su alma a tu amor. Como Tú nos dijiste: *“Si estás presentando tu ofrenda en el altar y recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano”* (Mateo 5:23-24).

Después aprendí a darte gracias, porque todo lo que tengo viene de Ti y porque nos enseñaste que dar gracias en todo es vivir según tu voluntad. Entendí que la oración no es solo para hablar de lo que duele o preocupa, sino también para reconocer con humildad todo lo que nos das. Aprendí que agradecer es un acto de confianza, una manera de aceptar tanto lo que recibimos como lo que nos pides. Solo quien agradece de corazón puede ver con más claridad tu presencia en su vida. Como dice San Pablo: *“Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para vosotros en Cristo Jesús”* (1 Tesalonicenses 5:18).

Por último Señor, aprendí a pedir, a acercarme a Ti con humildad, recordando tus palabras: *“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”* (Mateo 7:7). Ya que en Ti confío plenamente, y sé que en tus manos puedo dejar mis preocupaciones, mis anhelos, mis desvelos y mis esperanzas.

Por eso, Señor, hoy quiero hablarte desde lo más profundo de mi alma, con la sencillez de quien sabe que está en casa, en tu presencia, como una hija que se siente segura al cobijo de su Padre.

Quiero pedirte perdón. Perdón por todas esas veces que te he defraudado, por las ocasiones en las que mis palabras o mis actos dañaron al prójimo, aunque no fuera mi intención. Perdón por todas esas veces que, como una oveja descarriada, me alejé de tu sendero. Vengo a pedirte perdón por los momentos en los que he dejado de esforzarme, cuando me han podido más las excusas que las ganas, por no dar lo mejor de mí. Perdón por no valorar todo lo que me das, por no reconocer mis errores con facilidad y no saber rectificar cuando lo necesitaba.

Perdón por esas veces en las que fui más fariseo que buen samaritano. Por verte hambriento y no darte de comer, por verte sediento y no darte de beber, por verte como un desconocido y no acogerte, por verte desnudo y no vestirme, enfermo y no cuidarte, preso y no ir a verte (Mateo 25:35-36). Porque sé, Señor, que cada vez que dejé de hacerlo con uno de mis hermanos más pequeños, dejé de hacerlo contigo (Mateo 25:45).

Gracias Señor, por tanto. Gracias porque hoy estoy aquí, rezándote un día más, porque sé que cada día que pasa es un regalo que me das. Gracias por poder disfrutar de mi abuelo, mi familia, mis amigos, y todas esas personas que me rodean y me hacen sentir querida y acompañada. Gracias por darme la oportunidad de vivir la hermandad plenamente, por todas esas personas que he conocido y que se han convertido en amigos y familia, caminando juntos en la fe y compartiendo nuestro amor hacia Ti.

Te doy gracias por permitirme estudiar lo que siempre soñé, por darme fuerzas cuando quise rendirme, por ayudarme a levantarme en los momentos más difíciles. Gracias porque he podido notar tu presencia en tantas circunstancias de mi vida, en los buenos momentos, pero también en los duros donde más te he necesitado.

Gracias Señor porque Tú nunca me has abandonado, por estar conmigo; incluso cuando me alejé. Como al hijo pródigo, me has acogido en tus brazos con misericordia, sin reproches, solo con el amor inmenso de un Padre que siempre espera. Gracias por ayudarme en cada examen, en cada decisión, en cada paso que he dado. Gracias por amarme tal y como soy, con mis defectos y mis virtudes, porque sé que tu amor no depende de lo perfecta que pueda llegar a ser, sino de lo infinito que eres Tú.

Y ahora Señor, quiero pedirte porque en Ti encuentro refugio y consuelo. En este Año Jubilar, en el que somos "*Peregrinos de la Esperanza*" y nos llamas a renovar nuestra fe y nuestra entrega, pongo en tus manos a la Iglesia, las intenciones del Papa y las vocaciones. Que nunca falten corazones dispuestos a seguirte y a llevar tu luz al mundo.

También quiero acordarme de los enfermos, de quienes sufren en silencio y de las familias que viven con preocupación y angustia por la enfermedad de un ser querido. Te pido también por la paz en el mundo, para que el dolor y la incertidumbre que causan la guerra y la violencia sean reemplazados por la esperanza, el entendimiento y la armonía entre los pueblos. Y de aquellos que ya no están con nosotros y han hallado en Ti su Buena Muerte. Acogelos en tu gloria y que su luz nunca se apague en nuestros corazones.

Hay quienes atraviesan momentos de dificultad, quienes se sienten perdidos, solos o sin esperanza. Acompáñalos, Señor, y haz que nunca olviden que, incluso en la incertidumbre, sigues caminando a su lado.

También quiero pedirte por los niños, por los más pequeños, que son el futuro. Que crezcan con ilusión, con valores y con la certeza de que nunca estarán solos. Y, entre ellos, por los monaguillos de nuestra hermandad que desde pequeños forman parte de esta familia unida por la fe en Ti.

Te pido por los estudiantes, para que su esfuerzo sea recompensado y encuentren en el aprendizaje la clave para construir sus sueños y alcanzar su vocación. Y por los profesores, presentes y futuros, para que con paciencia y dedicación, sepamos no solo formar mentes sino también corazones, sembrando valores que permanezcan en el tiempo.

Quiero pedirte por mí, por el camino que has puesto ante mí, por los niños que algún día confiarás en mis manos. Dame fuerza y sabiduría para guiarlos, para ser un apoyo en su crecimiento y transmitirles no sólo lo que sé, sino el amor inmenso que siento por Ti. Permíteme ser luz en sus vidas, aunque sea una pequeña parte de la que Tú eres en la mía.

Y, por último Señor, quiero dirigirme a tu Madre: nuestra Madre. Tú que me escuchas cada martes cuando, después de Misa, me quedo contigo en silencio, cuando el recogimiento y la intimidad de mi oración me acercan a Ti, contándote mis preocupaciones y mis alegrías. Tú que recoges nuestras súplicas con tus manos de Madre, intercede por nosotros. Sé ese destello de luz que ilumina nuestro camino en los momentos de oscuridad, esa Esperanza que nos ayuda a seguir adelante cuando parece que todo se detiene.

Cristo de la Buena Muerte, quédate conmigo hoy y siempre. En tus manos pongo mi vida. Sé mi fuerza, mi guía y mi paz.

Amén.

Macarena del Pino Jiménez

4º día de Quinario 2025